

PALABRAS PRONUNCIADAS
ANTES DE LA MISA PRESIDIDA POR S. S. JUAN PABLO II
EN LA PLAZA JOSÉ MARTÍ DE LA HABANA

La Habana, 21 de enero de 1998

Querido Santo Padre:

De nuevo, el pueblo de La Habana y de las provincias vecinas, como lo hiciera hace pocos días al darle su bienvenida a Cuba, se congrega en torno al Sucesor de Pedro. En esta ocasión, para participar en una Eucaristía de domingo que será inolvidable, porque está hoy con nosotros y preside la celebración quien hace presente a Cristo el Buen Pastor ante la Iglesia universal: el Papa Juan Pablo II. Es grande el privilegio de acoger de los labios de Su Santidad la Palabra de Dios que ha venido a anunciar a los pobres, a los que sufren, trayendo a los corazones angustiados la liberación que solo Cristo puede ofrecer.

Es conmovedor que aquí, en esta plaza, testigo excepcional de nuestra historia más reciente, sea elevado en sus manos, entre cielo y tierra, ofrecido por nuestra nación y por cada uno de quienes la integran, el Cristo de la Cruz, con su cuerpo entregado por nosotros y su sangre derramada por nosotros y por la multitud. Es la misma Misa de todos los días, es en verdad el día el que es excepcional.

Desde ahora sentimos que será imposible a los que estamos aquí no amarnos como hermanos, no perdonar nuestras ofensas recíprocas, no olvidar agravios, no abrirnos a la verdad dicha con sinceridad, no poner por obra todo lo justo, bueno y noble que pueda traer la reconciliación entre todos los cubanos, la paz y la fidelidad a nuestro pueblo.

Beatísimo Padre, esta es la disponibilidad de nuestros corazones para acoger el mensaje que Su Santidad nos trae. Tenga la seguridad de que es este el sentir del obispo de esta Arquidiócesis, de los obispos auxiliares, de las personas consagradas a Dios en el Sacerdocio y en la vida religiosa, de los diáconos, del pueblo fiel, y estoy seguro que de cuantos se han congregado hoy aquí, pues todos saben que su largo viaje hasta Cuba, su presencia entre nosotros, su vitalidad incansable de estos días, son fruto de ese amor a los cubanos, que lleva, Su Santidad, en su corazón de Padre y pastor.

Y nadie acude a una cita dictada por el amor con ningún otro sentimiento que no sea al menos el de la benevolencia y la docilidad.

Nuestros corazones están dispuestos, nuestros sentidos, atentos. Enséñanos, Padre, el camino de la verdad, descúbrenos nuestros errores, aviva nuestra fe, alienta la esperanza de este pueblo de la Arquidiócesis de La Habana y de sus diócesis sufragáneas de Pinar del Río y Matanzas.

La Habana es una capital acogedora y cariñosa; los pueblos de estas provincias occidentales tienen en común no solo su modo de hablar, sino también su forma de sentir, son expresivos y cordiales.

En nombre de los pinareños, los matanceros y los habaneros, pido a Su Santidad que en esta Eucaristía, con todas sus grandes intenciones, los tenga a ellos muy presentes.

Como en la lectura evangélica de hoy, todos los ojos están fijos en ti, pero son los ojos del alma que aguardan ver la salvación de Dios que les será anunciada.